

tudes como vicios. Eran criaturas tan incompletas como las leyes que las gobernaban: consideradas por unos como un ser intermediario entre el hombre y los animales, como bestia maligna, á quien tenían que sujetar las leyes y á quien la naturaleza había destinado, como tantos otros, para el placer del hombre; considerada por otros como un ángel desterrado, manantial de dicha y de amor, como la única criatura que respondía á los sentimientos del hombre y cuyas imperfecciones debían tener por consuelo la idolatría de los hombres, ¿era posible que la unidad que faltaba á las instituciones políticas pudiera existir en las costumbres?

La mujer fué, pues; lo que las circunstancias y los hombres la hicieron, en lugar de ser lo que el clima y las instituciones la debían hacer: vendida, casada á pesar suyo en virtud del poder paterno de los romanos, al mismo tiempo que caía bajo el despotismo marital, que deseaba su reclusión, tomaba, por su parte, las únicas represalias que le eran permitidas. Por la misma razón que fué virtuosa en medio de las conmociones civiles, se hizo disoluta cuando los hombres dejaron de estar ocupados en guerras intestinas. Todo hombre instruido puede dar colorido á este cuadro; nosotros pedimos á los acontecimientos su lección, y no su poesía.

La revolución estaba demasiado ocupada en destruir y edificar, tenía muchos enemigos, ó tuvo sin duda demasiado parecido con los deplorables tiempos de la Regencia ó de Luis XV, para que pudiese examinar la posición de la mujer en el orden social.

Los hombres notables que construyeron el monumento inmortal de nuestros códigos, eran casi todos antiguos legistas sugestionados por la importancia de las leyes roma-

dice, negó su mano á uno de los Ptolomeos, rey de Egipto. De esta numerosa familia sólo le quedó una hija, que se casó con Scipión Emiliano, y dos hijos, Tiberio y Cayo Graco, que se hicieron inmortales por su genio, su valor y su fin trágico. Mujer de carácter viril y muy instruída, Cornelia los educó con el mayor cuidado y les inspiró desde muy jóvenes el amor á la patria, á la gloria y á las grandes empresas, inculcándoles sus deseos de que el mundo llegara á llamarla hija de Scipión y madre de los Gracos. Habiendo ido á visitarla un día una amiga suya y habiéndole mostrado con orgullo sus joyas y sus alhajas, le rogó que le enseñase las suyas, y entonces Cornelia, presentándole á sus hijos, le dijo: *«He aquí mis joyas y mis adornos más preciados.»*—(N. del T.)

nas, y, por otra parte, no fundaban instituciones política. Hijos de la revolución, creyeron, como ésta, que la ley del divorcio, sabiamente restringida, y la facultad de las sumisiones respetuosas eran mejoras suficientes. Comparadas con el antiguo orden de cosas, estas nuevas instituciones parecieron inmensas.

Hoy la cuestión del triunfo de los dos principios, muy debilitados ya por tantos acontecimientos y por el progreso de las luces, permanece aún sin que haya sido resuelta por sabios legisladores. El pasado encierra lecciones que deben dar sus frutos en el porvenir. ¿No nos dice ya nada la elocuencia de los hechos?

El desarrollo de los principios de Oriente exigió eunucos y serrallos; las bastardas costumbres de Francia fueron causa de la llaga de las cortesanas y de la llaga más profunda aún de nuestros matrimonios. Así, pues, repitiendo una frase de un autor contemporáneo, diremos que en Oriente se sacrifica á la paternidad hombres y justicia; en Francia, las mujeres y el pudor. Ni en Oriente ni en Francia han logrado estas instituciones el objeto que les es propio: esto es, la dicha. Un hombre tiene la misma seguridad de ser amado por las mujeres de un harén, como el marido en Francia, de ser el padre de sus hijos; en resumen, que el matrimonio no vale lo que cuesta. Tiempo es ya de no sacrificar nada á esa institución, y de que el estado social garantice algo más nuestra dicha, conformando nuestras costumbres y nuestras instituciones á nuestro clima.

El gobierno constitucional, feliz mezcla de dos sistemas políticos extremos, el despotismo y la democracia, parece indicar la necesidad de confundir también los dos principios conyugales que hace ya tanto tiempo que luchan en Francia. La libertad que tan atrevidamente hemos pedido para las jóvenes remedia esa multitud de males cuyo origen hemos indicado, exponiendo los contrasentidos que encierra la esclavitud de las solteras. Devolvamos á las jóvenes las pasiones, las coqueterías, el amor y sus terrores, el amor y sus dulzuras, y el seductor cortejo de los francos. En esa primavera de la vida ninguna falta es irreparable; el himeneo saldrá del seno de las pruebas armado de confianzas y desarmado de odios, y el amor será justificado con útiles comparaciones.

Con este cambio de costumbres perecerá por sí misma la

vergonzosa llaga de las prostitutas. Nunca es tan indiferente para la felicidad del hombre el tener que combatir grandes y verdaderas pasiones, como cuando tiene esa edad en que posee el candor y la timidez de la adolescencia. En esa época, el alma experimenta grandes satisfacciones con los sacrificios, sea cual fuese su género; con tal que se mueva, con tal que obre, le importa poco tener que ejercer su poder contra sí propio. En este hecho, que todo el mundo ha podido observar, existe un secreto de legislación, de tranquilidad y de dicha. Por otra parte, han adquirido hoy tal desarrollo los estudios, que el más fogoso de los Mirabeaus venideros puede emplear sus energías en una pasión y en las ciencias. ¿Cuántos jóvenes no se han salvado de la vida de crápula, gracias á los obstinados trabajos, unidos á los renacientes obstáculos de un primero y puro amor? En efecto, ¿cuál es la joven que no desea prolongar la deliciosa infancia de los sentimientos, que no se sienta orgullosa de ser conocida y que no tenga que oponer los embriagadores recelos de su timidez, el pudor de sus transacciones secretas consigo misma, á los deseos incipientes de un amante inexperto como ella? La galantería de los francos y sus placeres serían, pues, un rico dote para la juventud, y entonces se establecerían naturalmente esas relaciones de alma, de carácter, de costumbres, de temperamento y de fortuna que engendran el feliz equilibrio exigido en el matrimonio para la felicidad de los cónyuges. Este sistema estaría basado en cimientos más sólidos y francos, si las jóvenes estuviesen sometidas á una desheredación sabiamente calculada; ó si, para obligar á los hombres á hacer la elección de mujer en favor de las que ofreciesen mayores garantías de dicha por sus virtudes, su carácter ó su talento, se casasen, como en los Estados Unidos, sin dote.

Entonces, el sistema adoptado por los romanos podrá, sin inconveniente, ser adaptado á las mujeres casadas que, de solteras, habrán gozado ya de toda libertad. Encargadas exclusivamente de la educación primitiva de los hijos, que es la obligación más importante de una madre; ocupadas en hacer nacer y mantener esa felicidad de todos los instantes tan admirablemente pintada en el cuarto libro de *Julia*, serán en su casa, como las antiguas romanas, una imagen viva de la Providencia, que está en todas partes y que no se ve en ninguna. Entonces sí que las leyes sobre la infide-

lidad de la mujer deben ser excesivamente severas, y deben prodigar más penas infamantes que alictivas y coercitivas. En Francia se ha visto pascar á las mujeres, montadas sobre asnos, por supuestos crímenes de hechicería, y más de una inocente murió de vergüenza. Ahí está el secreto de la legislación futura del matrimonio. Las doncellas de Mileto (1) se libraban del matrimonio con la muerte, pero el senado condenaba á las suicidas á ser arrastradas desnudas, y las vírgenes quedaban condenadas á vivir.

Las mujeres y el matrimonio no serán, pues, respetados en Francia mientras no se lleve á cabo en nuestras costumbres el cambio radical que hemos señalado. Este profundo pensamiento es el que anima á las dos mejores producciones de un genio inmortal. El *Emilio* y la *Nueva Eloisa* (2) no de un genio más que dos elocuentes defensas de este sistema, defensas que resonarán eternamente, porque su autor ha adivinado el verdadero carácter que han de tener las leyes y las costumbres de los siglos futuros. Sentando el pensamiento de que los hijos deben ser educados por las madres, Juan Jacobo prestaba ya un inmenso servicio á la virtud; pero su siglo estaba demasiado profundamente gangrenado para que pudiese comprender las elevadas lecciones que encierran estos dos poemas; debemos hacer notar también que el filósofo fué vencido por el poeta, y que al dejar en el corazón de Julia, casada ya, restos de su primer amor, lo hizo seducido por una situación poética más conmovedora que la verdad que quería demostrar, pero menos útil.

Sin embargo, si el matrimonio es en Francia un inmenso contrato por el cual los hombres se entienden todos tácitamente para dar más sabor á las pasiones, más curiosidad y más misterio al amor, y más incentivo á la mujer; si una mujer es más bien un adorno de salón, un maniquí de la moda, un guardarropa, que un ser cuyas funciones, en el orden político, puedan coordinarse con la prosperidad de un país y con la gloria de una patria; si la mujer es todo esto, y no una criatura cuyas obras pueden competir en utilidad con las de los hombres... confieso que toda esta teo-

(1) Antigua ciudad del Asia Menor, patria del filósofo Tales, de Esquino, de Cadmo, de Anaximandro, de Anaximenes y de Aspasia.—(N. del T.)

(2) Obras del célebre filósofo ginebrino Juan Jacobo Rousseau.—(Nota del T.)

ría, que estas largas consideraciones desaparecerían ante tan importantes destinos...

Pero ya hemos estrechado bastante el círculo de los acontecimientos sucedidos para sacar de ellos una gota de filosofía; ya hemos sacrificado bastante por medio de la historia á la pasión dominante de la época actual; volvamos, pues, nuestras miradas á las costumbres presentes. Calémonos otra vez el gorro de cascabeles y la varita que Rabelais convirtió en cetro, y prosigamos nuestro análisis, sin dar á una broma más importancia de la que en realidad pueda tener, y sin tomar á broma las cosas que realmente tengan importancia.

SEGUNDA PARTE

DE LOS MEDIOS DE DEFENSA EN EL INTERIOR Y EN EL EXTERIOR

To be or not be.

Serlo ó no serlo: esta es la cuestión.

SHAKESPEARE, *Hamlet*.

MEDITACIÓN X

TRATADO DE POLÍTICA MARITAL

Quando un hombre llega á la situación en que le hemos dejado en la primera parte de este libro, suponemos que la idea de que su mujer es poseída por otro puede aún agitar su corazón, y que su pasión volverá á renacer, ya por amor propio ó por egoísmo, ó ya por interés, pues si no continuase queriendo aún algo á su mujer, sería el último de los hombres y merecedor de su suerte.

En esta larga crisis es muy difícil que un marido no cometa alguna falta; pues los más desconocen aún más el arte de gobernar á una mujer, que el de saberla escoger. Sin embargo, la política marital consiste únicamente en la cons-